

PILAR CERNUDA

¿De nueve a cinco?



DE 9 a 5, o de 8 a 3, o de 4 a 10. Lo importante es que haya unas reglas, lo importante es que se cumpla un horario a rajatabla, lo importante es que los padres se involucren con tanto interés, con tanta dedicación, como los hijos que estudian en casa.

De 9 a 5 o de 3 a 8. En España, una sentencia del Tribunal Constitucional ha echado atrás la iniciativa de los padres que habían decidido que sus hijos cumplieran con la obligación de recibir educación hasta los 16 años, hasta completar la secundaria, pero pretendían que la recibieran en casa en lugar de en un centro escolar. Varios pedagogos se han pronunciado a favor de lo que marca el Constitucional y también varios Defensores del Menor. Otros, sin embargo, no han dudado en apoyar a quienes prefieren que sus hijos estudien en casa, en familia, como sucede en varios países, entre ellos varios de nivel tan reconocido como Estados Unidos, el Reino Unido, Francia o Bélgica. Incluso nuestro vecino Portugal recoge esa opción, e Italia. Y Australia. Y el resultado no ha sido negativo sino todo lo contrario: en Estados Unidos se calcula que un millón de niños y jóvenes estudian en casa; tres

dos para descartar ese tipo de aprendizaje: los chicos necesitan relacionarse con los demás, crear su círculo de amigos, deben aprender a trabajar en equipo, aceptar la multiculturalidad, conocer la realidad ajena a su vida cotidiana, necesitan también conocer diversas formas de aprender en función de lo que marquen los distintos profesores ...

Hay pasión en los que están a favor y pasión en los que no quieren aceptar de ninguna de las maneras el estudio en casa excepto en casos excepcionales: enfermedad prolongada, vida muy nómada o residencia en un país extranjero en el que no existe posibilidad de recibir la educación necesaria.

La imagen de la madre o padre en torno a una mesa plagada de libros en la que los hijos estudian es muy atractiva, casi idílica, independientemente de que tiene mucho de novela, recuerda las historias de siglos pasados en lugares lejanos en los que apenas convivían unas docenas de familias alejadas de cualquier tipo de civilización. Hoy, sin embargo, esa idea de estudio es menos romántica pero más real.

Internet abre un campo infinito para quienes apuesten por esa fórmula, los padres cuentan con apoyos tan firmes y profesionales como en los mejores colegios, por lo que solo deben estar atentos a que los hijos cumplan los compromisos adquiridos, mantengan la indispensable disciplina en cuanto a horarios y metas marcadas para cada día o cada semana, realicen los exámenes y controles que garantizan que van por el buen camino, reciban la educación en valores

en las que insisten los buenos colegios y salgan preparados para comerse el mundo aunque no hayan estudiado en un centro escolar.

¿Misión imposible? No tanto, pero el esfuerzo de los padres debe ser mayor, mucho mayor, que el de aquellos que mandan a sus hijos al colegio y todo lo más se ocupan de comprobar que hacen sus tareas cuando llegan a casa.

Hay pasión en los que están a favor; y pasión en los que no quieren aceptar de ninguna de las maneras el estudio en casa

veces más que hace diez años, crecimiento que indica que la cosa no ha ido mal, pues en caso contrario pocos padres se habrían acogido a esa fórmula.

Se potencia la vida familiar, dicen unos; se crean lazos muy sólidos entre los hijos estudiantes y los padres profesores o que supervisan los estudios; se eliminan malas compañías, profesores ineptos, se superan inseguridades de niños torpes que soportan mal las burlas de sus compañeros, se corrigen errores de malos planes de estudios, se individualiza la enseñanza para adaptarla a las circunstancias personales de cada alumno, se buscan actividades que complementen los estudios y que no siempre pueden organizar los colegios... En el otro lado del ring, en el de los detractores, también se encuentran argumentos sólidos

Laura vivió su infancia en un país africano, una antigua colonia francesa, y jamás fue a un colegio. Hizo un examen antes de regresar a España y logró así que le homologaran el bachillerato. “Estudié mucho más que lo que estudia mi hija ahora en un colegio concertado. No tuve ningún problema en la universidad, no me sentí en inferioridad de condiciones ni peor preparada que el resto. Eso sí, amigas tuve pocas, pero no las eché de menos porque no sabía lo que era tenerlas; además éramos muchos hermanos, no tuve tiempo de aburrirme. Sinceramente, pienso que me fue muy bien; pero eran otros tiempos, otras circunstancias. Y además, no tenía alternativa.”

Pilar Cernuda es periodista.